# DISCURSO

LEÍDO POR EL SEÑOR

# D. Joaquín Hazañas y la Rua

EN LA FIESTA LITERARIA DE 7 DE MAYO DE 1916 ORGANIZADA POR LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA PARA CONMEMORAR EL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DE LOS ESCRITORES CASTELLANOS

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

SEVILLA : 1916
IMP. Y LIB. SOBRINOS DE IZQUIERDO
Francos, 43, 45 y 47

JG - 2806

# DISCURSO

LEÍDO POR EL SEÑOR

# D. Joaquín Hazañas y la Rua

EN LA FIESTA LITERARIA DE 7 DE MAYO DE 1916 ORGANIZADA POR LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA PARA CONMEMORAR EL TERCER CENTENARIO DE LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DE LOS ESCRITORES CASTELLANOS

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

SEVILLA : 1916

IMP. Y LIB. SOBRINOS DE IZQUIERDO

Francos, 43, 45 y 47

R.G. 3319

Señores:

A voluntad de los estudiantes de esta Universidad, amigos *que en el discurso de mi vida he granjeado, antes con mi condición que con mi ingenio*, como de los suyos decía el Príncipe de los escritores castellanos, me trae hoy a este lugar y me señala puesto en esta fiesta con que conmemoran el tercer centenario de la muerte de aquel genio portentoso. Bien sé yo que cualquiera de los doctos maestros de esta casa pudiera ocupar esta cátedra con más lucimiento y con más provecho para este docto auditorio, pero, aun a trueque de poner de manifiesto mi insignificancia, no he querido dejar de complacer a estos escolares.

Admirador entusiasta de Cervantes, lector asiduo de sus peregrinas obras, no podré deciros de uno, ni de otras, nada que no estéis cansados de saber: trabajador modesto, pero constante, en los archivos de nuestra ciudad, no he tenido la fortuna de tropezar con ninguna noticia, con documento alguno, que venga a llenar alguna de las muchas lagu-

nas que en la vida del manco sano se observan, apesar de haberse documentado y escrito casi de nuevo su biografía en los últimos cincuenta años. ¿Qué podré yo deciros, pues, que sea para vosotros de algún interés? No sé si habré acertado al escoger tema: tomando y desechando los muchos que imaginé, quedéme con este: «*Cervantes estudiante: los estudiantes en las obras de Cervantes*», que no sé si atinaré a esbozar, pero que lo intentaré, contando para ello con vuestra proverbial indulgencia.

Según las más recientes noticias, puede casi asegurarse que Miguel de Cervantes residió por primera vez en Sevilla desde 1562 hasta 1566, o sea, que pasó en ella desde los quince a los diecinueve años, es decir, la edad más apropósito para el estudio, y más en aquellos tiempos en que, viviéndose más despacio que en los nuestros, se hacía caminar a los escolares más lentamente, esperando, para hacerles comenzar sus estudios, a que sus fuerzas físicas estuviesen más desarrolladas, y prosiguiendo luego con relativa parsimonia, sin precipitaciones, que, casi siempre, redundan en perjuicio del escolar.

Es indudable que Cervantes, durante esos años, estudió en Sevilla, pero ¿cual de sus escuelas frecuentó? Nuestro Rodríguez Marín, gloria de esta Universidad, de la cual es hijo, se inclinó a creer que en las que la Compañía de Jesús había establecido pocos años antes en nuestra ciudad, porque solo así se explica aquel caluroso elogio puesto en boca de *Berganza,* en el *Coloquio de los perros*, para *el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros* enseñaban a sus discípulos, mostrándoles, juntamente con las letras, el camino de la virtud. El Estudio de los Padres de la Compañía de Jesús, hallábase

establecido a la sazón en este mismo edificio donde ahora nos encontramos, adquirido por ellos en 1557 y en el que dieron su enseñanza hasta que en 1580 se trasladaron al nuevo Colegio llamado de S. Hermenegildo. En ese interesante *Coloquio* pinta Cervantes a *Berganza* acompañando al Estudio a los hijos de su amo, dos jóvenes de doce a catorce años, edad no muy diferente de la que el ingenioso escritor debía tener a la sazón, y al hablar del estudio, de los maestros, de los escolares, de sus lecciones y juegos, nótase un amor verdaderamente filial; sólo un hijo habla de su madre con el cariño que Cervantes puso en sus palabras.

Ved, pues, si el texto es interesante para nosotros. En esta misma casa donde nos encontramos, estudió el Príncipe de nuestros ingenios, y la mencionó, uniendo su recuerdo a la gloria del escritor, en una de sus admirables obras, circunstancia que muy pronto recordará una artística lápida próxima a colocarse. Mas podrá objetarme alguno que la afirmación de que Cervantes frecuentó como escolar este edificio no tiene prueba sólida, documental, es una mera conjetura; a ese tal diré, solamente, con el docto Amezúa, ilustrador de *El Casamiento engañoso* y el *Coloquio de los perros*, que a veces es más seguro el criterio de razón que el documental.

Después de esto, a fines de 1568 o principios de 1569, el cura de San Andrés, de Madrid, Juan López de Hoyos, maestro del Estudio público de la mencionada villa, llamó a Cervantes *nuestro muy caro y amado discípulo*, adquiriendo para sí, con estas palabras, fama perdurable. Pero el Magisterio de López de Hoyos había comenzado en Enero de 1568, Cervantes no pudo ser su discípulo sino cuando tenía cumplidos los veinte años, por lo que alguien

sospecha que acaso fuese ayudante de aquel maestro, aunque parece que el cariñoso dictado de *caro* y *amado discípulo* evidencia lo contrario.

En el Estudio sevillano de la Compañía de Jesús, sólo se cursaba la gramática en los años en que Cervantes pudo frecuentarlo, pues las letras humanas, artes y filosofía, parece que se añadieron más tarde, cuando el peregrino ingenio se había ausentado de nuestra ciudad. El Estudio de López de Hoyos era, asímismo, de gramática, y las obras de Cervantes manifiestan que conocía bien las Universidades españolas. ¿Estudiaría, por ventura, en alguna de ellas? Ningún resultado han dado las investigaciones realizadas en las de Salamanca, Alcalá de Henares y Sevilla; su nombre no ha aparecido en ninguna de las listas de matrículas, sin que esta prueba negativa sea, por ello, de gran valor. El doctísimo Menéndez y Pelayo se inclinaba a creer que no había cursado escuelas universitarias; el benemérito hispanófilo Fitzmaurice-Kelly entiende que esta es una de tantas leyendas infundadas y amenas, pues Rodrigo de Cervantes no estaba en situación de poder enviar sus hijos a las Universidades, mas la mayor parte de sus modernos biógrafos se inclinan a que frecuentó las aulas universitarias, opinando nuestra eximia paisana Blanca de los Rios que fué en Salamanca, sospechando el malogrado Navarro Ledesma que acaso fuera en Sevilla.

Si así fué, si Cervantes cursó en el Colegio de Santa María de Jesús, Universidad de esta ciudad, llamado vulgarmente Colegio de Maese Rodrigo, del nombre de su egregio fundador, tendríamos nosotros un título más de que gloriarnos, pues aquella fundación del insigne Arcediano de Reina, de cuyo primitivo edificio no resta ya sino la bellísima capi-

lla, fué trasladada a esta casa en el último tercio del siglo XVIII, y de ser cierta esta conjetura, tendríamos reunidos aquellos dos recuerdos, viendo a la Universidad en que estudiara Cervantes instalada en el local en que aprendió la gramática y con ella a aborrecer los vicios y amar las virtudes, como él mismo nos dice en el *Coloquio* referido.

Mas aunque Miguel de Cervantes estudiara en estos o en otros lugares, la lectura de sus obras nos persuade que su gran Universidad fué el mundo y sus libros textos vivos, o sea la misma humanidad. Los personajes de sus obras son tan varios como los de la humanidad misma; acaso no haya estado, clase o condición humana que no se encuentre en las obras del regocijado escritor, y, siendo esto así, no podían faltar en ellas los estudiantes, que aparecen, en efecto, en su teatro, en sus novelas, en su mismo *Quijote*.

Así, en la rica galería cervantina, vemos escolares desde que en la niñez van al Estudio acompañados de su ayo y pajes que les llevasen los libros y aquel que llamaban *vade mecum*, ya en sillas, si hacía sol, o en coche, si llovía, según lo permitía la posibilidad o la vanidad de sus padres; los vemos vendiendo o empeñando el *Antonio*, nuestro *Antonio* por antomasia, o sea el *Arte de la gramática* de Antonio de Nebrija, si andaban, cosa no rara entre estudiantes, faltos de dineros; ya saliendo de una ciudad para dirigirse a aquella donde la Universidad radicaba, refiriéndonos cómo los padres les proveían de dineros, les daban *documentos de lo que habían de hacer y como se habían de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigilias, principalmente los*

*bien nacidos*; lloraban las madres, bendecían todos al que iba a marchar, y en una mula, acompañado de ayo y criados, emprendía el camino de la ciudad o villa universitaria.

Es claro que esto ocurría a los ricos, mas no a los pobres, y si Cervantes nos pinta así a Carriazo y a Avendaño, nos ofrece también el retrato del estudiante pobre Carraolano, viajando a pie, siendo robado por los compañeros de Roque Ginard, pidiendo limosna para sustentarse y solicitando por merced ser albergado por las noches en alguna caballeriza o pajar donde defenderse de las inclemencias del cielo; pero unos y otros, ricos y pobres, alegres y decidores, con sus puntas y collares de músicos, de cantores y de poetas, y así, mientras Carriazo tocaba la guitarra, *que decían que la hacía hablar*, y cantaba romances que improvisaba, Avendaño enderezaba amorosas trovas a la honesta Constanza, *la ilustre fregona,* y Carraolano conjuraba a los encerrados en una carbonera, mostrando en verso la ciencia que había aprendido en *la Cueva de Salamanca.*

En otro lugar nos ofrece Cervantes al escolar *vestido de bayeta no tan negra ni tan peluda que no parezca parda y tundida*, arrastrando una vida tan pobre, que, al desayunarse con duros mendrugos y unas veinte pasas, se comía también los palillos de éstas, sin que por ello se librara de olvidarse de los libros para escribir una disparatada comedia.

No se borró jamás de la imaginación de Cervantes su paso por la Universidad, si es que llegó a pasar por ella, o la vida que vió hacer a sus amigos escolares. Así en *La Gitanilla*, le oímos decir: *Satanás tienes en tu pecho... mira que dices cosas que no las diría un colegial de Salamanca;* en *La*

*Guarda cuidadosa: eso no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe;* en *El Celoso extremeño, que alzaron en peso las criadas a la dueña Marialonso, como a catedrático, diciendo: viva, viva.* Así también en su comedia *Pedro de Urdemalas* nos presenta a su protagonista, nuevo Proteo, vistiendo en una de sus transformaciones el manteo y el bonete de estudiante, y nos ofrece como centro de las mayores ruindades los pupilajes universitarios, en cuya estrecheza debía haberse criado, según Don Quijote, el intemperante eclesiástico que pretendía regir la casa de los duques. Recuerda en el *Coloquio de los perros,* que de cinco mil estudiantes que en un año cursaban en la Universidad de Alcalá, los dos mil oían Medicina, y en *El Rufián dichoso* el protagonista es un estudiante real y verdadero de nuestra Universidad hispalense, Cristóbal de Lugo, tipo del escolar que vivía *a lo de Dios es Cristo, mozo arriscado de los de campo a través,* jugador de la blanca, y de la negra, o sea gran esgrimador, que pierde el tiempo en la barbacana de las murallas, broquel en cinta, en vez de andar en su Colegio con el libro en la mano, que es travieso, acuchillador y valiente, hasta el punto de que el famoso Corral de los Olmos, los matantes de la Heria y los bravos de San Román le rendían parias, pero que habiendo conservado el corazón sano, en medio de su disipada vida, abandona ésta y muere en opinión de santidad. Estudiantes son también Peralta y Gilberto, personajes de la misma comedia, y en la puerta de la Universidad de Sevilla se desarrolla alguna de sus escenas, oyéndose cómo la campanilla toca para que los alumnos entren *a lición;* lugar inmortalizado por nuestro escritor en esta obra al narrar la lucha del alguacil con los seis famosos rufia-

nes, que eran la flor de los bravos de Andalucía y a quienes acuchilló desde la Puerta de Jerez hasta los mármoles del Colegio de Maese Rodrigo.

No olvidaba Cervantes su vida sevillana:

«*Dulces días, dulces ratos*
*Los que en Sevilla se gozan*
*Y dulces comodidades*
*De aquella ciudad famosa.*»,

exclama en una de sus comedias, pero tampoco olvidaba a Salamanca, citada por él, como por quien bien la conocía, en algunos pasajes de sus obras, ciudad de la que dijo *que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado*, y de cuya Universidad hizo estudiantes a Marco Antonio Adorno y Don Rafael de Villavicencio y a Don Antonio de Isunza y Don Juan de Camboa, personajes de sus novelas *Las dos doncellas* y *La Señora Cornelia.*

Tipo admirable de estudiante es aquel Tomás Rueda o Rodaja que llegó más tarde a ser *el Licenciado Vidriera,* muchacho de once años, que, sabiendo que de los hombres se hacen los Obispos, se encamina a pie a Salamanca, callando patria y padres, hasta que con sus estudios pudiera honrar a una y a otros, y busca un amo, estudiante también, a quien servir, sólo porque le diese estudio, según la costumbre de aquella Universidad, en donde los más de estos estudiantes sirvientes llegaban a ser verdaderos compañeros de sus amos.

En *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* no son menos las veces que presenta, cita o alude a estudiantes: Sancho habla, en ocasiones, como un catedrático, según la opinión de Sansón

Carrasco; cuando Don Quijote duda si podrá señalar con piedra blanca o con negra el día en que esperaba ver a Dulcinea, su escudero le aconseja que *le señale con almagre, como rétulos de cátedras,* porque le echen bien de ver los que le vieren; el cuello del vestido del héroe manchego era valona *a lo estudiantil,* sin almidón ni randas; aquel famoso ventero, un poco socarrón, nacido en la playa de Sanlúcar, que armó caballero al sublime loco, era no menos maleante que estudiantado paje; los pastores Grisóstomo y Ambrosio estudiantes eran que habían cambiado la sotana y el manteo por la zamarra y el cayado, muchos años habían estudiado en Salamanca, de donde había vuelto el primero con opinión de sabio y muy leído, gozando fama de versadísimo en Astrología, y siendo, al decir de su compañero, *único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fenix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza y finalmente primero en todo lo que es ser bueno y sin segundo en todo lo que es ser desdichado.* Bachiller no más, aunque a las veces se titulara Licenciado, era aquel encamisado Alonso López, natural de Alcobendas, a quien Don Quijote derribó de la mula; entre los galeotes se encuentra otro estudiante, gran hablador y gran latino, que por demasiadamente burlador iba condenado a galeras por seis años y que pagó su libertad al hidalgo manchego haciéndole caer a pedradas y aporreándole la cabeza con la bacía de barbero que este tenía por yelmo de Mambrino y que tan malparada quedó en esta ocasión; estudiante era Juan Pérez de Viedma, el menor de los hermanos del cautivo, y que ya Licenciado se nos presenta en la venta de Juan Palomeque, el zurdo, camino de Sevilla, para

pasar a las Indias, proveído de Oidor de la Audiencia de Méjico; también el caballero aragonés, extremado cantor, Don Luis, el enamorado de Doña Clara, la hija del Oidor, era gran estudiante y poeta, y por otro estudiante a quien aquel había dado cuenta de sus pensamientos, fué descubierto a su afligido padre que, con el disfraz de mozo de mulas, seguía a su amada en el viaje de Andalucía.»

Don Lorenzo de Miranda, el hijo del Caballero del verde gabán, seis años había estudiado en Salamanca, donde tanto se embebió en la ciencia de la poesía que no fué posible hacerle arrostrar con la de las Leyes ni con la madre de todas, la Teología; estudiantes salmantinos eran también el Bachiller Corchuelo y su compañero el gran espadachín, canonista que llevó *cola en licencias,* que aconsejaron al ingenioso caballero que asistiese a las bodas de Camacho, el rico; estudiante y humanista era el primo del licenciado que acompañó a Don Quijote a la cueva de Montesinos, hombre que sabía hacer libros para imprimir y para dirigir a príncipes; estudiante parecía el que echó la bendición en la mesa del gobernador Sancho; estudiantes, uno para bachiller y otro para licenciado, eran los hijos de aquel labrador de Miguelturra que con sus majaderías encendió la cólera de Panza; estudiante aquel curioso que viendo sacar a Sancho de la sima, quería que de aquella manera salieran de sus gobiernos todos los malos gobernadores, y estudiante agudo y discreto era el sobrino de Don Atonio Moreno que respondía por la cabeza encantada.

Por último, persona recién bachillerada por Salamanca, era aquel perpetuo trástulo, regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, gran socarrón, aunque de muy buen entendimiento, de

condición maliciosa, amigo de burlas y de donaires, poeta y músico, como buen escolar, de quien se vale Cervantes para querer volver cuerdo al más famoso loco que hubo en el mundo, o sea Sansón Carrasco, que unas veces vemos en la inmortal novela con su propio nombre y otras con los de *Caballero de los espejos* y *Caballero de la blanca luna*.

En la última de las obras de Cervantes, en aquella cuya dedicatoria escribió:

»Puesto ya el pie en el estrivo
con las ansias de la muerte...»

o sea en *Persíles* y *Sigismunda*, en cuyo prólogo se despide de las gracias, de los donaires y de los regocijados amigos a quienes deseaba ver presto contentos en la otra vida, introduce aquella figura del estudiante pardal, porque todo iba vestido de pardo, con antiparas, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales, montando aquella burra a la que se le había cantado el vitor de caminante más de una vez. En boca de este estudiante puso el inmortal escritor aquellas palabras, a él dirigidas, que la posteridad ha consagrado: «*¡...este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre y, finalmente, el regocijo de las Musas!*» Si en este episodio, como parece, hay algo de verdad, Cervantes oyó sus más justos elogios de boca de un estudiante; si, por el contrario, no fué así, Cervantes quiso colocar en boca de un escolar el encomio de su mérito.

No son solas las Universidades de Salamanca, Alcalá y Sevilla las mencionadas por Cervantes en sus obras, pues el Licenciado Pero Pérez, cura de la aldea de Don Quijote, era hombre docto gra-

duado en Sigüenza; por la de Osuna eran licenciado en Cánones aquel famoso loco de Sevilla que creia ser Neptuno, y doctor en Medicina Pedro Recio, médico insulano y gobernadoresco, y aun en Bolonia, Universidad considerada siempre al igual de las españolas por nuestros escritores, cursaban los protagonistas de *La Señora Cornelia*.

Es tan genuinamente español, tan castizo, el tipo del estudiante de nuestras antiguas y gloriosas Universidades, que nuestra literatura está llena de ellos, porque de no ser así le hubiera faltado una parte principal del alma nacional. No es ocasión la presente de detenernos a ver lo que nuestros clásicos han dicho de esos escolares, ni cómo nos han descrito aquella vida alegre y regocijada que Cervantes inmortalizó con estas palabras: «Vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de más gusto y pasatiempo, que corren parejas en ella la virtud y el gusto y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose»; que en otro lugar ponderó diciendo que entre el amor de sus estudios y el entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban los escolares una vida tan alegre como honrada. Mas en ninguna parte retrató Cervantes mejor la vida estudiantil que en lo que pudiéramos llamar preámbulo del famoso discurso de las armas y de las letras. «Digo, pues,—escribe el gran novelista—que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser): y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura; porque quien es pobre

no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa; aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, esto que entre ellos llaman *andar a la sopa;* y no les falta algún ajeno brasero o chimenea que, si no calienta, a lo menos entibie su frío, y en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan al grado que desean; el cual alcanzado, a muchos hemos visto que habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos vistos mandar y gobernar el mundo desde una silla, trucada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud.»

Basta con lo dicho para comprobar cuánta es la importancia de los textos cervantinos para quien pretenda hacer un estudio de lo que fué el estudiante español: el que este trabajo intente no puede prescincir de ellos, porque arrojan luz meridiana sobre la vida escolar en la décima séptima centuria.

Dos palabras para terminar, y estas dirigidas a vosotros, jóvenes escolares. Permitidme que evoque recuerdos muy gratos para mí. ¿Quien, siendo estudiante, no ha pensado alguna vez si sería tan dichoso que subiese en alguna ocasión a esta tribuna? Pero la vida tiene inexorables exigencias, y, al terminar la carrera, los más han de buscar en el ejercicio de su profesión la manera de satisfacer prontamente sus necesidades; los menos pueden emprender el largo y difícil camino de la cátedra, para ver colmado aquel deseo. Yo también soñé a vuestra edad con subir a este lugar, desde donde oí hablar a sapientísimos y queridos maestros, cuyas vidas ha ido segando la muerte poco a poco. Yo también acaricié en mis ensueños estudiantiles la idea de llegar a sentarme alguna vez en los escaños en que aquellos, por mí venerados varones se sentaban. Dios ha colmado mis deseos sin yo merecerlo. Hace veintidos años, en 1894, subía yo, por primera vez, a esta tribuna, siendo modesto profesor auxiliar, para leer, por delegación, un hermoso discurso inaugural sobre *La cultura arábigo-sevillana en sus aspectos literario, científico y artístico,* escrito por mi docto amigo D. Antonio Almagro y Cárdenas, catedrático a la sazón de esta Universidad y hoy de la de Granada: trece años más tarde, en 1907, y ya Catedrático numerario, la designación de un querido amigo, Decano de mi Facultad, literato en la verdadera acepción de la palabra, profesor de literatura, que llevó en este mismo sitio la voz de esta Universidad en la fiesta con que celebramos el tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* y a quien la muerte nos arrebató hace pocos años, Don José Giles y Rubio, me trajo nuevamente a este sitio, para cumplir un deber profesional; en aquel dis-

curso, malo como mío, traté de *La vida escolar en la Universidad de Sevilla en los siglos XVI, XVII y XVIII*, porque, como entonces dije, toda Universidad, y ésta muy especialmente, se han fundado pensando en los estudiantes, y para ellos y a ellos quise dedicar aquel trabajo. Hoy, a los veintidos años de la primera fecha y a los nueve de la segunda, he vuelto por tercera vez a esta tribuna, en la que acaso no vuelva a resonar mi voz. No ha sido en mi mano detener el tiempo que no pasase por mí, como dijo Cervantes; si algunos bríos y arrestos hubo en mí en aquellas ocasiones, el tiempo, que como el fuego, todo lo consume, ha acabado con ellos; muchos hilos de plata se han ido deslizando en mi cabeza y barba hasta casi adueñarse de ellas, y si alguno me motejase de viejo, como Avellaneda al manco sano, no podría menos de reconocer la verdad de su afirmación. Pero al volver a este sitio por tercera vez, no he venido a sustituir a un ausente, ni a cumplir un mandato: más grato motivo me ha traido. Vengo por voluntad expresa de los escolares de esta casa, y eso constituye para mí un honor que, estad seguros, no olvidaré jamás.

Jóvenes estudiantes, al honrar a Cervantes os habéis honrado a vosotros mismos. Que vuestra admiración al gran escritor ne se apague con los últimos ecos de esta simpática fiesta. Estudiad la vida del Príncipe de nuestros ingenios; si en ella notáis algunos pequeños lunares, corred sobre ellos el manto de vuestra piadosa indulgencia, recordando que fué pobre y tuvo hambre.

*«Quien dice que pobreza no es vileza,*
*En poco tiene el título de honrado...»*,

escribió otro poeta castellano y el propio Cervantes

dijo que *esto de la hambre tal vez hace arrojar a los ingenios a cosas que no están en el mapa.* Procurad que sus obras, si ya no os lo son, se os hagan familiares, que los tesoros de su rico y abundante léxico, resbalando de vuestros labios, vuelvan a entrar en circulación, dando a nuestra lengua toda la extensión de que hoy torpemente se le va privando. Acudid a sus obras seguros de que si son de ayer por la época en que se escribieron, son de hoy y serán de todos los tiempos, porque sus personajes están arrancados de la cantera de la vida y vivirán cuanto viva la humanidad. Leedlas todas, que todas son oro de muchos quilates, pero entre todas y sobre todas leed el Quijote, libro inmortal *que es nuestra mayor ejecutoria de nobleza.* Allí aprenderéis algo que hemos olvidado y nos vamos hoy dando cuenta del error que hemos padecido, que el estudio de las lenguas, principalmente de la griega y la latina, es el primer escalón de las ciencias; allí, en el desarrollo de aquella fábula admirable, hallaréis *una pedagogía en acción, la más sorprendente y original de las pedagogías,* como ha dicho un genio, allí aprenderéis algo que es más importante aún, que *las letras sin virtud son perlas en el muladar.*

He dicho.

# Obras de D. Joaquín Hazañas y la Rua

Noticia de las Academias literarias, artísticas y científicas de Sevilla, de los siglos XVII y XVIII. *(Premiada por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla en 1887).*—Sevilla, 1888.—VIII-72 páginas en 4.° (*Agotada.*)

Biografía del poeta sevillano Rodrigo Fernández de Ribera y juicio de sus principales obras. (*Premiada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1889).*—Con un prólogo del Sr. D. Luis Montoto y Rautenstrauch.—Sevilla, 1889.—XX-128 páginas en 8.°, 2'50 pesetas.

La Imprenta en Sevilla.—Ensayo de una historia de la tipografía sevillana y noticias de algunos de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el año de 1800.—Sevilla, 1892.—VIII-144 páginas en 4.°, 3 pesetas.

Mateo Alemán y sus obras.—Discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 25 de Marzo de 1892 en la recepción del autor, seguido del de contestación por D. Luis Montoto y Rautenstrauch.—Sevilla, 1892.—48 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

Génesis y desarrollo de la leyenda de D. Juan Tenorio.—*(Premiada por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla en 1893),* Sevilla, 1893.—48 páginas en 4.°, 1 peseta.

Discurso leído en la inauguración del curso de 1894-95 en el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla.—Sevilla, 1894.—16 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

Obras de Gutierre de Cetina, con introducción y notas del colector.—Sevilla, 1895.—2 tomos en 4.° CVI-312 y 344 páginas, 8 pesetas.

Discurso leído en la inauguración del curso 1895-96 en el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla.—Sevilla, 1895.—32 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

Necrología del Excmo Sr. D. Joaquín Alcaide y Molina,

escrita y publicada en cumplimiento de acuerdo de la Real Academia de Buenas Letras.—Sevilla, 1897.—18 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

UNIVERSITARIAS.—Los discursos de apertura de las Universidades españolas en el curso de 1897 a 1898.—Sevilla, 1897.—36 páginas en 4.°, 1 peseta.

MAESE RODRIGO FERNÁNDEZ DE SANTAELLA, fundador de la Universidad de Sevilla.—Sevilla, 1900.—48 páginas en 4.°, 1 peseta.

DISCURSO leído en los Juegos Florales celebrados en Ecija el 9 de Octubre de 1904.—Sevilla, 1905.—16 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

DISCURSO leído en la solemne fiesta literaria celebrada en el «Círculo de la Amistad» de Córdoba, el 7 de Mayo de 1905, para conmemorar el tercer centenario de la publicación del «Quijote».—Sevilla, 1905.—16 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

LOS RUFIANES DE CERVANTES: «El Rufián dichoso» y «El Rufián viudo», con un estudio preliminar y notas.—Sevilla, 1906.—274 páginas en 4.°, 4 pesetas.

DISCURSO leído en la Universidad de Sevilla con motivo de la inauguración solemne del curso académico de 1907 a 1908. *(La vida escolar en la Universidad de Sevilla en los siglos XVI, XVII y XVIII).*—Sevilla, 1907.—20 páginas en fol. *(No se ha puesto a la venta.)*

DISCURSO de contestación al de D. Francisco de Torres Galeote, Pbro., en su recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.—Sevilla, 1907. *(No se ha puesto a la venta.)*

NECROLOGIA *del Ilmo. Sr. D. Servando Arbolí y Faraudo.*—Sevilla, 1908.—64 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

MAESE RODRIGO, 1444-1509.—Sevilla, 1909, VIII—536 páginas en 4.°, 8 pesetas.

DISCURSO leído en el Colegio de Ntra. Sra. del Carmen, de

Utrera, el día 24 de Mayo de 1910 en la solemne distribución de premios.—Sevilla, 1910. (*No se ha puesto a la venta.*)

Discurso leído en la Junta pública celebrada en honra del Excmo. e Iltmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el día 27 de Octubre de 1912.—Sevilla, 1912.—38 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

Discurso de contestación al de D. Jerónimo Armario y Rosado, Pbro., en su recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.—Sevilla, 1913. *(No se ha puesto a la venta.)*

Discurso leido en la Fiesta literaria y artística celebrada por la Real Congregación del Santo Crucifijo de San Agustín de Sevilla el 15 de Febrero de 1914 para conmemorar el VI centenario de la invención de su sagrada Imagen.—Sevilla, 1914.—14 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta.)*

Discurso leído en la Junta pública y extraordinaria celebrada el día 31 de Octubre de 1915 por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras para conmemorar la publicación de la Parte segunda de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.—Sevilla, 1915.—15 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta).*

Discurso leído en la Fiesta literaria de 7 de Mayo de 1916, organizada por los estudiantes de la Universidad de Sevilla, para conmemorar el tercer centenario de la muerte del Príncipe de los escritores castellanos, Miguel de Cervantes Saavedra.—Sevilla, 1916.—18 páginas en 4.° *(No se ha puesto a la venta).*

IMPRENTA * SOBRINOS DE IZQUIERDO * LIBRERIA
SEVILLA